

Luis Burgos Fuentes

## «De lo espiritual en la vida de don Enrique Molina» (\*)

I.—Las «Academias Unidas» de la «Escuela de Educación» son una corporación de estudiantes de los Cursos de Castellano, Francés, Inglés y Normal de dicha Escuela Universitaria, que se han organizado para desarrollar autónomamente una Sección de Extensión Cultural, de rango universitario. La organización no tiene, pues, carácter político ni reconoce divisiones derivadas de la especialidad profesional en que cada cual ha de ejercitarse más tarde: para la comunidad del oficio tanto monta serlo de párvulos como de adolescentes.

Y, finalmente, trabaja bajo la tuición de profesores que ellos mismos eligen, los cuales asumen las funciones de Asesores: no cree, pues, dañina ni maliciosa la colaboración de profesores y alumnos; por el contrario, sustenta el principio de que tal colaboración, más allá de las barricadas políticas, es no sólo legítima sino también provechosa.

Por donde, el movimiento que representa se acerca a aquel que se ha llamado de «Renovación Gradual de la Educación Secundaria» y de que nuestra Universidad no se ha enterado

---

(\*) Conferencia dictada en el Salón de Honor de la Universidad de Concepción, el 22 de noviembre ppdo.

oficialmente, en cuanto no lo ha incorporado a sus preocupaciones ineludibles e impostergables.

Todavía— más significativamente—si los Asesores tienen una palabra que decir cuando se les consulta respecto de las realizaciones en curso o de las proyecciones en vista de la corporación, también ellos están llamados a colaborar, en la medida de sus posibilidades, en la común tarea de la Corporación.

Y así, si es cierto que los estudiantes han radiado, sábado a sábado por las ondas de la emisora «Araucanía», programas de literatura comparadas hispano-francesas o de literatura americana y chilena; si, en alguna ocasión, celebraron una «Sesión pública de trabajo» en el «Auditorio» de su Escuela, pasando en revistas producciones literarias españolas y francesas de todos los tiempos, desde las venerables Cantares de Gesta hasta los revolucionarios engendros de nuestros días, también es cierto que exigieron de sus profesores-asesores que prepararan conferencias destinadas a áreas más vastas de la ciudadanía y así llevaran la voz de la institución a ámbitos más dilatados y resonantes.

II.—En virtud de lo cual, se halla el Asesor General ahora y aquí, dispuesto a esbozar una silueta espiritual de don Enrique Molina, nuestro Rector.

¿Cómo vine en ello?

Quería don Andrés Bello que la Universidad de Chile que, bajo sus tutelares auspicios, echaba a andar hace poco más de un siglo, se hallara toda penetrada, como ahora diríamos, de «chilenidad».

«Porque en éste—decía—como en los otros ramos, el programa de la Universidad es enteramente chileno: si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile.

«Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos convergen a un centro: la Patria». Por el imperio de este principio moral

de ser y de perseverar en el propio modo de ser, me propuse que la primera de nuestras tentativas de difusión cultural, versara sobre una de las personalidades de alto vuelo de nuestra tierra.

¿Cuál elegir entre tantas que, con justicia, reclaman atención preferente?

Y vine en la cuenta de que la Universidad de Concepción y las gentes que en ella espiritualmente viven, se hallaban en mora respecto precisamente de su Presidente.

En efecto, la muy noble ciudad de Concepción, a quien el destino reservó desde siempre para altísimas empresas, como lo estamos viendo, se jacta con justo título de la generosa rebeldía que representa su Universidad.

Nacida, épicamente, de la nada, de la nada material, es una afirmación recia de potencia espiritual: es un desafío a los condicionantes pretendidamente todopoderosos del orden económico y un ejemplo de obediencia al «deber ser».

Próceres son los nombres de quienes la crearon.

Y entre esa falange prócer, se destaca señero aquel que no ha aguardado la hora de la muerte para labrarse un pedestal en la conciencia de su pueblo y de su raza; monumento de acatamiento, de veneración y de afecto.

Y, sin embargo, a aquella parte de su obra que él más ama, a los frutos de su personalísima diligencia espiritual, a aquella tela de pensamiento y de vida a que se ha aplicado durante una vida magníficamente longeva y rica de dones, a ese zumo espiritual no parece necesario acercarse con detenimiento, bastando con decir: «Como no soy especialista en las disciplinas filosóficas, no estoy en situación de juzgar la obra de don Enrique».

Y la obra filosófica de don Enrique está a tal punto transida de humano anhelo y de tan cariñoso desvelo, que su sentido hondo, real, auténtico, habrá que buscarse precisamente en el mundo de lo afectivo, de lo amoroso, de lo paternal.

No valiendo, pues, la excusa de no hollar sus umbrales por respeto a un saber concluso y misterioso.

Por lo cual, yo, el Asesor General de ese grupo de estudiantes de que hablaba, obediente al principio del benemérito don Andrés, de amor a la Patria y anheloso de cumplir con la tarea de acercarme a la obra de don Enrique para hablar de ella, con ánimo de ponerla en curso como hacemos siempre con los valores espirituales, entiendo cumplir, si no una tarea cabal—que eso no depende de mi sola voluntad—por lo menos una faena cordial, de cortesía y de deber.

III.—¿Qué es lo esencial en filosofía? se pregunta don Enrique en el pórtico de su «Confesión Filosófica», aquel medular ensayo con que se incorporó—con mucha honra—en carácter de Miembro Académico a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, en 1941. ¿Qué es lo esencial en la vida y en la obra de don Enrique?, nos preguntamos nosotros en el punto de partida del esbozo de su personalidad que nos proponemos trazar.

«La figura del señor Molina emerge en cuanto pensador.

«Y aunque no he tenido la ocasión de experimentarlo, tengo la intuición de que, cuando se miran nuestros valores espirituales desde el extranjero, presentan el aspecto de un pobre caserío, en cuyo centro se yergue la maciza arquitectura de un templo con su campanario que orienta y que invita a la meditación.»

«Sin embargo, la autenticidad de su prestigio dentro del país, no debe buscarse en lo que él tiene de filósofo o formador de almas.»

«Vale más por su hombría de bien y su sentido de la responsabilidad.

«El filósofo es el maestro que sube a mayor altura.

«El hombre es el filósofo que desciende a la realidad social a poner en práctica las concepciones de su espíritu.»

Tal dice el Profesor don Claudio Rosales al recibir al nuevo miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile.

Viene a decirnos su crítico que si grande es el valor que atribuimos al pensador que hay en don Enrique, mayor ha de ser el que atribuyamos al hombre, al realizador de valores espirituales; que si a grande altura remonta la mente que atisba horizontes, señera, a mayor profundidad alcanza su afán de modelar la viva arcilla de las almas entre quienes, luminosa y generosamente, mora.

¡Justa ponderación de su obra filosófica!

¡Estupendo elogio de su calidad humana!

Admitamos, pues, como hipótesis de trabajo, que la personalidad de don Enrique se dejará sorprender en toda su autenticidad cuando sesguemos la veta de su corazón y tras ella lleguemos a las cimas que, por el impulso del alma, alcanza la mente avizora.

Porque, aunque:

«En las más de las historias de la filosofía que conozco, dice Unamuno, se nos presenta a los sistemas como originándose los unos de los otros y sus autores, los filósofos, apenas aparecen sino como meros pretextos».

Es cierto que:

«La íntima biografía de los filósofos, de los hombres que filosofaron, ocupa un lugar secundario.

«Y es ella, sin embargo, esa íntima biografía, la que más cosas nos explica».

Y todavía:

«La filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y, como consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción.

«Pero resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción, es causa de ella.

«Nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma.

«Y ésta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes tal vez».

IV.—Miremos, pues, al hombre.

Acerquémonos a su corazón.

Y, para ello, consultemos ese documento tan humano, tan amable, tan seductoramente molinesco que es su «Confesión personal».

En los principios de este medio siglo, nos dirá, «apareció tal vez el surtidor de que se alimentó la corriente de los años venideros, agua que si bien ha podido no ser ni sonora ni abundosa, ha sido constante y clara».

Su vida ha sido una fuente, un surtidor que, surgido en los años de la generosa mocedad, nunca ha dejado de fluir, sin ruido ni desborde, pero constante y claro.

Tan poco sonora ha solido ser la discreta fuente que hemos creído que podíamos dispensarnos de reparar en ella y de tributarle el homenaje de nuestra emocionada gratitud por el bien que nos deparaba, por la sola virtud de su existencia.

He ahí el hombre.

Hombre de una vocación religiosa por la elevación del espíritu, por la constante ofrenda, por la magnífica generosidad.

Antes de esa hora el joven caminaba un tanto a la deriva, insatisfecho. Había cursado sus estudios secundarios en el Liceo de la Serena.

«Fuí en verdad un liceano con muchas distinciones en mis exámenes.

«Pero salí del Liceo muy ignorante, sin disciplina y sin hábitos de trabajo.

«¡Ah, el Liceo de entonces, mi recordado Liceo!

«No faltaban en él profesores dignos, abnegados y competentes.

«Pero su atmósfera general, estaba más bien algo desmoralizada y era desmoralizante».

El Bachiller fué a la Universidad de Chile.

«Los dos años y medio que pasé en seguida en la Escuela de Derecho de esta Universidad—la de Chile—no obstante el recuerdo lleno de admiración y afecto que conservo por algunos de mis maestros, no fueron adecuados para curarme de mi falta de voluntad y relajación de carácter».

«Las clases eran pocas y las exigencias pocas también».

Advirtamos dos notas:

Una de invariable afecto generoso, la otra de desencanto por la ausencia de valores espirituales capaces de inervar un alma llena de anhelos.

Pero llegaba la hora de la revelación:

«Por un incidente casual, ingresé al primer curso del Instituto Pedagógico que se abriera en agosto de 1889.

«Una conversación al vuelo en un salón de billares con un amigo de la infancia, que me dió a conocer el nuevo establecimiento y me instó a que aprovechara sus grandes ventajas, me indujo a matricularme en él.

«En realidad, esas ventajas no eran pocas para un estudiante pobre: casa, buena comida y \$ 25 mensuales para el bolsillo, sin perjuicio de continuar la carrera en que llevábamos varios años de estudio.

«Pero fuera de las ventajas materiales apuntadas, sin duda considerables, resultaron otras imprevistas de un orden superior.

«Aquí aprendí a dar importancia al carácter y a trabajar con disciplina.

«Se me abrieron en aquella sazón perspectivas de la cultura y de la vida nacional de que antes no tuviera idea».

Una doble deficiencia tenía consignada en los establecimientos educacionales en que se había formado:



Una intelectual: ignorancia, y otra moral: relajación de la disciplina, mal formación del carácter.

Fueron los profesores alemanes del Instituto Pedagógico los que operaron el milagro de una revelación en el joven estudiante y sellaron una vocación. Las otras carreras eran más brillantes.

Pero ésta era deslumbradora para la vida del espíritu.

No sé que don Enrique haya rendido—él siempre tan generoso—el testimonio explícito de gratitud y de reconocimiento a estos hombres de superior valor espiritual a quienes debió su consagración, su maravillosa vocación. De disciplina, de carácter, de espíritu y valores seguirá hablando durante los años todos de su vida. Eso mismo suena en sus discursos de cincuentenario de actividades docentes, celebrado no hace mucho.

«Ofreciéndoseme la posibilidad de ejercicio de dos profesiones—nos dice—la de abogado y la de profesor, tenía que optar entre varios caminos.

«La simultaneidad conduciría a la mala atención de ambas actividades».

«O a hacer del profesorado una especie de salvavidas económico para los primeros procelosos tiempos de la abogacía.

«El pensamiento de que Chile necesitaba profesores y de que abogados no le hacían falta, selló mi decisión.

«Sería sólo profesor».

Se incorporaría en esa falange de hombres que predicán—sacerdotes laicos—a las jóvenes greyes nacionales para incorporarlas en la tradición de los valores superiores del espíritu. Sería como sus profesores del Pedagógico.

Pero para ello, no se requería menos que toda una vida y toda el alma. Y una renuncia formal y definitiva al mundo y a sus honores.

Podríamos decir que no se graduó de profesor de Historia en 1892, sino que se ordenó de Profesor en esa fecha.

Y partió a Chillán en 1893 donde había de permanecer du-



rante dos lustros. No abandona sus comenzados estudios de Derecho que termina en 1902 en que se recibe de Abogado, para nunca ejercer la profesión.

Y ello a pesar de que encontró «entre sus amigos magistrados y abogados de gran situación que, interesándose por su porvenir, lo exhortaban a que fuera abogado y le ofrecían ayuda para darle trabajo.

«Significaba eso—confiesa—presentarme perspectivas muy tentadoras.

«Pero no me aparté de lo que había resuelto».

En cambio, concluido su ciclo de estudios formales contría matrimonio con doña Ester Barañao, dama a cuyo nombre ha estado entonces siempre asociado el de don Enrique, porque, inevitablemente, al considerar el personaje que él representa tendemos a interesarnos por su vida privada, por su hogar doméstico. Entonces viene siempre el nombre: «la señora Ester», envuelto en respetuoso acatamiento.

V.—Examinemos ahora las realizaciones.

Comienzan con la asunción del Rectorado del Liceo de Talca: 1905-1915.

Debió ser ya grande su prestigio cuando fué señalado para dirigir un establecimiento de educación entonces en crisis en una ciudad que siempre fué muy celosa de sus fueros. Se le suponía un gran carácter y grandes dotes de finura espiritual.

Fué su consagración.

Traía una nueva concepción de la vida, de la cultura.

Tenía que chocar con preocupaciones lugareñas.

Pero la ciudad fué suya. Y suyos los corazones de aquellas gentes antes enfeudadas y amuralladas en hostiles actitudes a un hombre que ha declarado «Pero yo era de ideas avanzadas y no podía renunciar a la ilusión de ver en la regeneración del pueblo la meta señalada para alcanzar el mejoramiento de la vida colectiva, toda».

Se podía—y se puede—diferir del maestro.

Pero ya entonces no era posible resistir a sus armas de tan extremada eficacia persuasiva, a la seducción de aquella personalidad que F. A. Núñez ha llamado con frase feliz «batalladora y tranquila, suave y recia».

Diez años de su vida empleó en la altiva Talca.

Veinte años gastó en Concepción dirigiendo con insuperado estilo el Liceo de Hombres: 1915-1935.

Era entonces el foco cultural de que la ciudad se enorgullecía.

Al caer las tardes se abrían las grandes puertas de la calle Caupolicán para que damas y caballeros, ceremoniosamente, penetraran en el gran patio con jardines que daba acceso a la Sala de Actos, alba, luminosa, digna.

Y se oían en aquellas aulas lecciones de gran corte; había estilo.

Doy fe de estas cosas por haber sido yo entonces alumno del colegio, con tan viva conciencia de su prosapia y del honor que significaba pertenecer o haber pertenecido a él que nunca dejé de ostentarlo doquiera fuera. Con jactancia!

Pero los años de Concepción son también los años del gran sueño que es hoy la orgullosa realidad, del sueño universitario.

Llegaba don Enrique en 1915 a dirigir el Liceo.

Y en 1917 proponía al Presidente Sanfuentes la creación de la Universidad de Concepción. Y, para respaldar esta iniciativa, se creaba en ese mismo año el Comité «Pro-Universidad y Hospital Clínico de Concepción».

Sería impertinente acaso contar en esta aula universitaria la historia patética del engendro de esta Corporación.

Debemos suponer que los penquistas la tienen como su «Ilíada» y la saben de coro.

El propio don Enrique—y ha hecho muy bien—la ha contado una y otra vez, en las fiestas universitarias para que las generaciones de hoy no la olviden, para que la tradición no se

pierda y para que, conocidos sus orígenes heroicos y su heroica vida, haya pie firme cuando se la critica, y cuando se la defiende.

Citemos la palabra del Profesor Rosales que enjuicia esta hazaña:

«La obra de mayor volumen que ha realizado, como hombre y como organizador, es la Universidad de la metrópoli sureña.

«Nada hay de estupendo en esta empresa.

«Pero sí de inteligencia, de perseverante energía—lo que acusa una gran fe en el éxito—voluntad firme, exenta de todo asomo de vacilación. Y, sobre todo, la virtud de aunar los impulsos dispersos, contagiarlos con el fervor de su optimismo y darles una dirección única y de eficacia cierta.

«Los planes eran de proyecciones fantásticas.

«Y las cifras de su presupuesto, capaces de infundir pavor a espíritus menos ardientes y optimistas que el suyo y de los que se agitaban a su alrededor.

«Eran cientos de miles de pesos.

«Aun más, eran cientos de millones de pesos los que habían de invertirse.

«Y en Caja no había más que el propósito alfa o el propósito beta o el propósito gamma que, en el mundo material de los negocios, carecían de valor adquisitivo o no servían de instrumentos de cambio.

«Hoy, en menos de un cuarto de siglo, la ciudad universitaria de Concepción, ha dejado de ser un sueño de temperamentos ilusos. Y el visitante va de asombro en asombro al pasar del Pabellón de Biología, al de Química, del de Química a la Escuela de Derecho, de Educación, de Odontología, a toda aquella maravilla de confort, de buen gusto, de sobriedad, a la cual corresponde un material espiritual que mejora constantemente».

Suscribimos enteramente las palabras del Profesor Rosales, con una salvedad: en lugar de decir: «Nada hay de estupendo en

esa empresa» nosotros diríamos: «Todo es estupendo en esa empresa».

Y notemos los rasgos que en esta hazaña gigantesca se apuntan como factores determinantes: la inteligencia, la voluntad firme y la capacidad de dirigir, de organizar, de concertar voluntades; las calidades, en fin, del gran conductor de hombres, y del apóstol de valores.

VI.—Habíamos aceptado como una hipótesis de trabajo el que la personalidad de don Enrique se dejaba coger del modo más adecuado afrontándola desde el lado humano hacia las cimas del pensador de que se enorgullece nuestra cultura nacional.

Hemos advertido en el proceso de su formación los firmes rasgos de un carácter de sorprendente elevación y las dotes extraordinarias de un conductor de hombres.

Examinaremos ahora, con la indispensable brevedad, sus cosechas en el campo de pensamiento abstracto, su labor filosófica, entendiendo que ella ha tenido el carácter de instrumental, ha sido el medio de que el maestro se valió para dar consistencia y amplitud a su mente y vigor a su personalidad.

A la pregunta:

«¿Qué es lo esencial en filosofía?»

Responderá:

Es la comprensión del Ser y

la determinación de nuestra actitud ante él.

Se filosofa, dice:

para encontrar una adaptación

a las limitaciones que nos impone el mundo sensible;

para ensayar volar por la ilimitada esfera de lo especulativo.

Se filosofa movido:

por la admiración, como quería Aristóteles; pero también,

por el dolor!  
 por la limitación de nuestras satisfacciones:  
 por la limitación del tiempo que conduce a la muerte.

Así, angustiados lanzamos:  
 nuestras interrogaciones al mundo que nos rodea,  
 para concluir casi siempre,  
 después de nuestro periplo,  
 por caer de bruces deslumbrados ante el misterio.

Pero:

Nos es dado también que la angustia  
 que nos invitó a filosofar  
 se convierta en serenidad!

He aquí la primera nota esencial de la personalidad filosófica del señor Molina: una reiterada afirmación de *la serenidad* como meta de nuestro pensar.

Si la angustia puede ser punto de partida,  
 la serenidad es el adecuado término.

*El problema del Ser y la Nada.*

Por eso, cuando Heidegger sostiene que:

La angustia es:

un fenómeno genuinamente humano,  
 un temor, sin causa precisa determinada,  
 frente a lo desconocido que nos rodea  
 un hecho natural

la emotividad fundamental que nos coloca ante la nada.

El señor Molina, aducirá:

*Cómo entender este bracear ante la nada?*

Al contrario,

Tengo la clara intuición de que mi existir  
 es un estar en el Ser Universal.

No sabemos por qué existe algo.

Pero tenemos ante nosotros el hecho deslumbrante de que  
 existe.

Esta existencia maravillosa es, en conjunto, el Ser.

El Ser no

se define;

se percibe,

se siente,

se intuye

comprende todo lo que abrazan las antenas captadoras  
de nuestro entendimiento

comprende, por último, el espíritu con todas sus mo-  
dalidades, que le es inmanente.

es imposible conocer su origen;

es in-concebible que deje de ser.

Así es necesario y absoluto.

Creemos con Parménides:

que el Ser es único, infinito y eterno.

con Spinoza

que el Ser

es absoluto, en cuanto a su sustancia;

es contingente, en cuanto a sus modos.

*El Ser y el Pensar: lo Absoluto.*

El Ser objetivo deja de ser lo absoluto, como querían los  
realistas puros;

El Pensar subjetivo tampoco es lo absoluto.

Lo absoluto queda integrado por el Ser y el Pensar, en ar-  
monía de contrarios. No se supera así—nos dice—la secular  
oposición entre realismo e idealismo.

*Ser y Razón.*

El Ser se contempla

a sí mismo,

mediante la Razón, nuestra razón humana.

No estamos separados del Ser;

no somos meros espectadores

no nos hallamos en medio de un Ser hostil.

La Razón se encuentra en potencia en el Ser.

Formamos parte de El

Estamos en El  
Vamos con El.

Es a la vez in-manente y trans-cendente a nosotros.

«No se encuentra acaso  
en este desdoblamiento con que interpretamos el Ser,  
una de las raíces del principio de identidad?»

*El Amor y la Muerte.*

El Amor es un cambio de formas del Ser, propulsión íntima  
de sus movimientos;

La Muerte es también  
un cambio de formas del Ser,  
consecuencia necesaria del amor,  
condición in-eludible para la existencia de nuevos  
seres.

El Amor y la Muerte son las fases de luz y sombra del disco  
en que gira el Ser.

*La eternidad.*

Los modos contingentes del Ser existen en el espacio-tiempo.

La esencia pura del Ser es eterna,  
como la divinidad pura,  
misterio absoluto si no salimos del plano de la exis-  
tencia.

El tiempo es la serie de momentos que cambian.

La eternidad es la esencia del concepto de un momento que  
perdura, sin cambiar.

*El espíritu.*

Conocemos el espíritu por la experiencia de nuestra vida  
interior.

Nuestra vida interior incluye intuiciones de valores y de  
esencias.

Nunca encontramos el espíritu puro, independiente de un  
ser viviente.

El espíritu y la materia están íntimamente unidos entre sí.  
¿Qué clase de enlace los vincula?

Son irreductibles, como el lado cóncavo y convexo de un arco.

El espíritu es un florecimiento de la vida!

Conocemos el espíritu sin que por ello estemos obligados a suponer en él una sustancia espiritual.

Registra el correr del tiempo hacia dentro.

Capta las irradiaciones exteriores.

Está dotado

de una espontaneidad sintética y

de una facultad de creación.

Se vuelve trans-cendente en cada acto de conocimiento, afirmación de la realidad del mundo exterior.

*La actitud del hombre ante el Ser.*

Los organismos vivientes ocupan escasísimo espacio en el Universo.

La vida no ha figurado entre las principales preocupaciones de la Creación.

El espíritu—flor de la vida—se aloja en mansión harto humilde.

Pero su irradiación es fantástica.

Alcanza todos los límites.

Quiere ir más allá de todos los límites.

Las vibraciones de su luz despiertan todos los senos del Ser.

Se confunde y se identifica con el Ser.

Hasta el punto de que muchos pensadores creen que el Ser es creación del Espíritu.

La dimensión propia del hombre es la función espiritual.

Lo material lo encuentra hecho: sólo puede trans-formarlo.

Lo espiritual está por hacerse, por mano de hombre.

Sólo el hombre realiza propósitos, designios.

El Amor es el delirio dionisiaco con que el Ser celebra su perpetuación.



### La Razón

supera el instinto en cuanto contraría mayor vida  
 abre el surco de la conciencia que discurre en pos de lo  
 mejor.

La actitud filosófica está hecha de cautela en el procedi-  
 miento y para

en serenidad y equilibrio:  
 en sofrosine, ataraxia, autarquía helénicas.  
 proporciona las cosas y las sitúa en perspectiva  
 libra al alma de mezquinos señuelos  
 la sitúa bajo la constelación de valores superiores.

### Los valores

son esencias relativas al hombre, a la personalidad  
 humana.

poseen luz propia.

afectan, por el discurso, la forma conceptual; pero  
 extraen su sustancia de la apreciación de los hechos y  
 las cosas apreciación animada de sentimientos.

### La voluntad

es libre.

es capaz de elegir entre dos o más alternativas;

es consciente de su libertad aún en la caída

está condicionada por los antecedentes necesarios del  
 acto;

es apta para decidir el factor preferido.

### La actitud filosófica es

de serenidad, según dijimos

de serenidad agonística,

de tranquila entereza de ánimo al frente de la lucha.

No son los quehaceres cotidianos los que impiden la vida  
 contemplativa sino la superficialidad de la vida espiritual.

*La santidad del trabajo honesto.*

Cuentan de un tallador que, en un pueblo de China, hizo  
 un poste bellísimo para colgar una campana.

—¿Cuál es tu secreto, le preguntó el príncipe, lleno de admiración?

—Soy, señor, le contestó, un simple trabajador. Y no tengo secretos.

Pero he cuidado de que mi energía no fuera distraída por ninguna otra idea mientras tallaba mi poste.

Ayuno para depurar mi mente.

Después de tres días de ayuno, no me preocupan  
ni las alabanzas ni las críticas  
ni los honores ni las recompensas  
ni aún la Corte de Su Majestad.

De esta manera me he identificado con mi arte.

Y han desaparecido todas las tentaciones del mundo exterior.

En tal estado de ánimo:  
me traslado al bosque,  
elijo el árbol adecuado, y  
ejecuto mi obra sin pensar en nada más que en ella.

Esto es todo.

De otro modo, fracasaría.

El hacer bien las cosas, identificándose con la faena, es una de las maneras de llegar a la hondura del Ser, inaccesible por las vías del conocimiento.

Es escala para un superior solaz del alma y para el éxito.

#### VII.—*Conclusión.*

Os he dado con cuanta brevedad pude una apretada síntesis de lo que es esencial en el pensamiento abstracto de don Enrique Molina, tal como ello consta en su «Confesión Filosófica».

Al hacerlo, habréis percibido con cuanta razón el maestro Unamuno ha subrayado:

«Cúmplenos decir, ante todo, que la filosofía se acuesta más a la poesía que no a la ciencia.

«Cuántos sistemas filosóficos se han fraguado como su-

prema concinación de los resultados finales de las ciencias particulares en un período cualquiera, han tenido mucho menos consistencia y menos vida que aquellos otros que representaban el anhelo integral del espíritu de su autor».

Y no será osado decir que don Enrique Molina, hombre de «personalidad batalladora y tranquila, suave y recia» ha librado una batalla de 60 años desde las trincheras de su convicción ideológica y ha empleado en ella las más dulces y persuasivas armas, las de una gran tolerancia, y de una grande e infinita persistencia y de una fe en la realidad y en la verdad del espíritu que de él puede decirse como del maestro de su apólogo chino que ha hecho su obra—su obra enorme de 60 años preñados de acción sin desmayo—con esa entrega total, con esa vocación religiosa que nos permite, según él cree, acceder a la entraña del Ser, como no fuera posible por la vía demasiado externa del mero conocimiento.

Si mis mandantes deseaban, como yo mismo, rendir homenaje al maestro sexagenario de batallas, y si ese homenaje sólo podía entenderse leal mediante una aproximación a su obra dilatada y generosa, yo he procurado cumplirlo en la medida de mis fuerzas.